

# ¿Qué hay de “programada” en la obsolescencia programada? Una lectura de la obsolescencia programada desde *El Hombre Unidimensional* de Herbert Marcuse<sup>1</sup>

Agustín Alincaastro<sup>2</sup>

Recibido: 30/07/2024; Aceptado: 14/10/2024

**Cómo citar:** Alincaastro, A. (2024). ¿Qué hay de “programada” en la obsolescencia programada? Una lectura de la obsolescencia programada desde *El Hombre Unidimensional* de Herbert Marcuse. *Revista Hipertextos*, 12 (22), e093. <https://doi.org/10.24215/23143924e093>

**Resumen.** La obsolescencia programada se entiende generalmente como una estrategia empresarial-industrial planificada por monopolios y oligopolios en el diseño técnico de productos para incentivar el consumo. Al reducir su tiempo de uso efectivo, este queda inutilizado (obsoleto) y se convierte en un desecho. Sin embargo, si se considera la perspectiva del filósofo Herbert Marcuse quien, en su obra magna *El Hombre Unidimensional* analiza la sociedad industrial avanzada para exponer un proceso de racionalización tecnológica en diversos fenómenos socio-técnicos considerados en su existencia como racionales y necesarios en la producción y el consumo, la obsolescencia programada se presenta no solo como una estrategia intencional de empresas dentro de la producción industrial, sino como una tendencia que se consolida como ley interna del proceso productivo que modela los hábitos de los consumidores. La materialización de la racionalidad científico-técnica en la producción y los productos de consumo encierra una ideología centrada en la reproducción eficiente del sistema productivo, que impide considerar la irracionalidad de consecuencias destructivas como el desecho y la contaminación – desde una perspectiva sustentable – al considerar a la obsolescencia programada como una práctica inevitable. La sociedad industrial avanzada profundiza ciertas lógicas de producción como determinaciones necesarias en el producto fabricado, entre las que se encuentra imponer una fecha de caducidad en el objeto para perpetuar el consumo; esto normaliza a la obsolescencia programada como un subproducto necesario del progreso técnico y el crecimiento económico. El aparato técnico-productivo reproduce una forma particular de entender y construir el mundo técnico, y concretiza prácticas unidimensionales que son vistas como inofensivas respecto al consumidor. Pero la obsolescencia programada, como fenómeno socio-técnico, promueve cierta sensibilidad y hábito de pensamiento relacionados con el uso y el descarte, acordes al consumo como modo de producción y la racionalización del sistema técnico-industrial.

**Palabras clave:** obsolescencia programada, Herbert Marcuse, tecnología, consumo, racionalización

<sup>1</sup> El presente trabajo se realizó en el marco de una “Beca Estímulo a las Vocaciones Científicas” del CIN (2022).

<sup>2</sup> Profesor de Filosofía; investigador en la Facultad de Filosofía y Humanidad de la Universidad Nacional de Córdoba (SECyT, UNC). Contacto: [agustin.alincaastro@mi.unc.edu.ar](mailto:agustin.alincaastro@mi.unc.edu.ar) ORCID: <https://orcid.org/0009-0008-3256-8115>

## ¿Qué hay de “programada” en la obsolescencia programada? Una lectura de la obsolescencia programada desde *El Hombre Unidimensional* de Herbert Marcuse

---

**Sumario.** 1. Introducción. 2. Un acercamiento a la obsolescencia programada 3. Entre la tecnología y la industria: la racionalidad encarnada 4. La racionalización de la obsolescencia programada 5. Un paso más allá de lo obsoleto: la obsolescencia como hábito 6. Conclusión(es).

### What is “planned” in planned obsolescence? A reading of planned obsolescence through Herbert Marcuse’s *One-Dimensional Man*

Planned obsolescence is generally understood as a business-industrial strategy designed by monopolies and oligopolies in the technical product design to encourage consumption. By reducing its effective usage time, it becomes unusable (obsolete) and turns into waste. However, if we consider the perspective of the philosopher Herbert Marcuse, who in his seminal work *One-Dimensional Man* analyzes advanced industrial society to expose a process of technological rationalization in various socio-technical phenomena deemed rational and necessary in production and consumption, planned obsolescence appears not only as an intentional strategy of companies within industrial production but also as a trend that consolidates as an internal law of the production process that shapes consumer habits. The materialization of scientific-technical rationality in production and consumer products contains an ideology centred on the efficient reproduction of the productive system, which prevents considering the irrationality of destructive consequences such as waste and pollution—from a sustainable perspective—by viewing planned obsolescence as an inevitable practice. Advanced industrial society intensifies certain production logics as necessary determinations in the manufactured product, including imposing an expiration date on the object to perpetuate consumption; this normalizes planned obsolescence as a necessary byproduct of technical progress and economic growth. The technical-productive apparatus reproduces a particular way of understanding and constructing the technical world, and concretizes one-dimensional practices that are seen as harmless regarding the consumer. But planned obsolescence, as a socio-technical phenomenon, promotes a certain sensitivity and habits of thought related to dispensable items, aligned with consumption as a mode of production and the rationalization of the technical-industrial system.

**Keywords:** planned obsolescence, Herbert Marcuse, technology, consumption, rationalization

### O que há de “planejado” na obsolescência planejada? Uma leitura da obsolescência planejada a partir de *A ideologia da sociedade industrial* de Herbert Marcuse

A obsolescência planejada é geralmente entendida como uma estratégia empresarial-industrial planejada por monopólios e oligopólios no design técnico do produto para incentivar o consumo. Ao reduzir o seu tempo de uso efetivo, este se torna inutilizável (obsoleto) e converte-se em um descarte. No entanto, se considerarmos a perspectiva do filósofo Herbert Marcuse que, em sua obra magna *A ideologia da sociedade industrial: o Homem Unidimensional* analisa a sociedade industrial avançada para expor um processo de racionalização tecnológica em diversos fenômenos socio-técnicos considerados em sua existência como racionais e necessários na produção e no consumo, a obsolescência programada se apresenta não apenas como um fato intencional de empresas dentro da produção industrial, mas também como uma tendência que se consolida como uma lei interna do processo produtivo que molda os hábitos dos consumidores. A materialização da racionalidade científico-técnica na produção e nos produtos de consumo encerra uma ideologia centrada na reprodução eficiente do sistema produtivo, que impede considerar a irracionalidade de conseqüências destrutivas como o descarte e a poluição – desde uma perspectiva sustentável – ao considerar a obsolescência programada como uma prática inevitável. A sociedade industrial avançada aprofunda certas lógicas de produção como determinações necessárias no produto fabricado, entre as quais se encontra impor uma data de validade no objeto para perpetuar o consumo; isso normaliza a obsolescência

planejada como um subproduto necessário do progresso técnico e do crescimento econômico. O aparato técnico-produtivo reproduz uma forma particular de entender e construir o mundo técnico, e concretiza práticas unidimensionais que são vistas como inofensivas em relação ao consumidor. Mas a obsolescência planejada, como fenômeno sócio-técnico, promove uma certa sensibilidade e hábito de pensamento relacionados ao uso e descarte, de acordo com o consumo como modo de produção e a racionalização do sistema técnico-industrial.

**Palavras-chave:** obsolescência programada, Herbert Marcuse, tecnologia, consumo, racionalização

## 1. Introducción: de la pertinencia del pensamiento marcusiano

La repercusión de *El Hombre Unidimensional: ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*, escrito por el filósofo oriundo de Berlín, Herbert Marcuse, ha permanecido hasta nuestros días como un libro que navega entre el olvido y el recuerdo. Su publicación en 1964, cercano al estallido del Mayo Francés del 68, hizo que su figura se convirtiera en un referente simbólico y teórico de aquel movimiento estudiantil de protesta. En el “Prefacio a la edición francesa” que acompañó la edición traducida al francés de este libro en 1967, un año antes de los acontecimientos mencionados, Marcuse remarcó cómo el capitalismo integraba y disciplinaba todas las dimensiones de la existencia, tanto públicas como privadas, mediante la asimilación de fuerzas opositoras y la administración de los instintos humanos (Marcuse, 1993, pp. 7-9). Esto hacía que la represión, más sutil que en épocas anteriores, lograra consolidarse sin necesidad de un terror abierto, sino bajo una democracia que en realidad fortalecía la dominación. Y este diagnóstico puede explicar, en cierta medida, la razón del porqué hoy en día, aunque todavía se escuche en algunos lados resonar el nombre de Herbert Marcuse, su pensamiento no despierta esa misma potencia libidinal como hace más de medio siglo atrás: las necesidades se preconditionan bajo intereses dominantes, los instintos se reprimen, y el accionar político-social se apacigua ante un realismo capitalista (Fisher, 2018) que no permite reconocer alternativas en ideas que antes expresaban, desde la crítica, otras realidades posibles.

Pese a la negatividad de estas afirmaciones, reconocemos la pertinencia de seguir buscando entre sus ideas y propuestas una serie de herramientas conceptuales para repensar la sociedad a partir de su diagnóstico de la sociedad industrial avanzada: aunque hayan pasado casi 60 años desde su publicación, el pensamiento marcusiano habilita una reflexión crítica de diversas problemáticas socio-tecnológicas. En este sentido, como actitud metodológica que tomaremos como eje de este trabajo, encontramos en la introducción de *El Hombre Unidimensional* denominada "La parálisis de la crítica: una sociedad sin oposición" una idea clave para rehabilitar discusiones contemporáneas:

Para poder identificar y definir las posibilidades de un desarrollo óptimo, la teoría crítica debe proceder a una abstracción a partir de la organización y utilización actual de los recursos de la sociedad, y de los resultados de esta organización y utilización. Tal abstracción, que se niega a aceptar el universo dado de los hechos como el contexto final de la validez, tal análisis «trascendente» de los hechos a la luz de sus posibilidades detenidas y negadas, pertenece a la estructura misma de la teoría social (Marcuse, 1993, p. 21).

Puesto en el contexto de nuestro escrito, una "crítica trascendental" exige reconocer y señalar aquellas tendencias de una sociedad establecida cuyos fundamentos, aunque se estimen normalizados o naturales, requieren una revisión en tanto sea pertinente. Dar lugar a una diversidad de razonamientos en contra de “el universo establecido de razonamientos” se convierte en un deber intrínseco del análisis de problemáticas políticas y sociales bajo la intención de formular cualquier teoría social. Frente a esto, además, debemos exigir al razonamiento un desdoblamiento de la realidad que despierte la “parálisis de la crítica”. No es posible exponer un futuro óptimo, ni una crítica válida, si no se investiga la sociedad contemporánea bajo un marco histórico de alternativas no-fatalistas que evidencie las oposiciones, contrariedades y alternativas posibles: trascender la realidad histórica, muchas veces imposibilitada por la propia teoría social, es un

componente esencial de la teoría crítica para producir un cambio social. De este modo, recuperar el pensamiento de Herbert Marcuse para repensar diversos fenómenos tecnológicos se vuelve pertinente dada la posibilidad de inferir, a partir de la aplicación de su teoría crítica a la tecnología, diagnósticos, consecuencias y soluciones alternativas a diferentes problemáticas socio-técnicas. En el contexto de este trabajo, el objetivo de revisar *El Hombre Unidimensional* es identificar los aportes teóricos que surgen a partir de su análisis conceptual de la sociedad industrial avanzada, especialmente aquellos que permitan investigar fenómenos tecnológicos normalizados en la industrialización y el consumo, como lo es, para el presente estudio, la obsolescencia programada.

A partir de estos lineamientos, como se anticipó, se procederá a indagar este fenómeno particular normalizado en la lógica de la sociedad industrial avanzada: la obsolescencia programada. Al hacer esto, veremos la función que cumple la implementación de esta práctica en el contexto del diagnóstico tecno-social que realiza Marcuse, dando lugar a una nueva cara de la obsolescencia programada no reductiva a la intencionalidad empresarial ni a la disfuncionalidad del producto. Para esto, luego de exponer la relevancia del pensamiento marcusiano para la crítica actual, daremos lugar a una breve exposición de algunos aspectos generales acerca de la obsolescencia programada. A partir de ahí, definiremos la sociedad industrial avanzada dentro del marco de la racionalidad tecnológica-capitalista para recontextualizar el alcance y la utilización del concepto “obsolescencia programada” en *El Hombre Unidimensional* por parte de Marcuse. Esto nos permitirá realizar un análisis preciso de este fenómeno dentro de los límites del diagnóstico de la sociedad industrial avanzada, reconociendo su funcionamiento y necesidad por la propia exigencia de la producción y el consumo. Así, veremos las consecuencias sociales e individuales que pueden derivarse de la racionalidad tecnológica aplicada en la producción industrial capitalista, expresada en este caso en la práctica de la obsolescencia programada.

## 2. Un acercamiento a la obsolescencia programada

En términos generales, la obsolescencia programada es un fenómeno que se entiende como la reducción intencional del tiempo de vida útil de un producto - es decir, del tiempo de funcionamiento efectivo del producto - a partir del diseño planificado por parte de la empresa productora. Una vez que este periodo termina, la obsolescencia acaece sobre el objeto y se convierte, consecuentemente, en un desecho. Ahora bien, este fenómeno ha sido establecido y sostenido desde una perspectiva más bien estratégica dentro de la producción mercantil, cuya eficiencia se determina en la posibilidad de incrementar el nivel de demanda de un producto, dada su caducidad, y la necesidad de volver a comprar el producto. Su surgimiento, en efecto, se da luego de una consolidación de la reproducción industrial y la producción en masa, donde la industria productora incentiva y motiva a los consumidores a consumir más en periodos más cortos (London, 1932). Esto deriva, como consecuencia, en postular la obsolescencia programada como una estrategia empresarial centrada en el carácter intencional, utilizada principalmente por monopolios y oligopolios que desean vidas útiles económicamente cortas para sus productos de modo de incentivar a los consumidores a comprar otros nuevos (Bulow, 1986). En otras palabras, los fabricantes planifican intencionalmente la obsolescencia de los productos para su inevitable remplazo, haciendo que se desgasten con mayor rapidez o que luego de un periodo de tiempo calculado dejen de funcionar: la vida útil del producto se determina en términos de eficiencia para la maximización del beneficio económico e ineficiencia de la propia efectividad del producto

respecto a su función (Bulow, 1986, p. 746). Por lo tanto, podemos concluir que este tipo de obsolescencia se define por la finalización de la vida útil del producto desde su funcionalidad o disfuncionalidad según los objetivos presupuestos por el fabricante de manera intencional.

Ahora, bajo esta breve presentación de la obsolescencia programada, podemos ir más allá de la sola pretensión empresarial de maximizar el consumo y la ganancia. Como cuestiones principales, ¿esto es sólo un fenómeno surgido por una serie de empresas concretas cuya intención se encuentra premeditada y “planificada”? ¿Podemos, acaso, ir más allá de la propia facticidad de este hecho y reconocerlo en otras facetas? ¿Qué lógicas nos dejan entrever este tipo de prácticas que se suponen aisladas en algunos productos y determinadas por empresas particulares?

Ante estos interrogantes, podemos disponer del pensamiento de Herbert Marcuse para responderlos bajo un diagnóstico particular y preciso bajo su diagnóstico de la sociedad industrial avanzada: vivimos ligados a los productos y procesos desarrollados en una sociedad cuyo sistema productivo se desenvuelve a partir de una lógica muy específica, la lógica racional-capitalista. Sin embargo, antes de afirmar la posibilidad de enmarcar a la obsolescencia programada dentro de este sistema, debemos ver cuáles son los aspectos esenciales que nos permiten encontrar este nexo entre este fenómeno y el sistema industrial avanzado, para luego inferir una nueva cara de la obsolescencia programada bajo este marco y algunas consecuencias que se derivan. Empecemos, primero, observando algunos aspectos de la sociedad industrial avanzada en *El Hombre Unidimensional*.

### **3. Entre la tecnología y la industria: la racionalidad encarnada**

Nuestra realidad hipertecnologizada admite sin lugar a dudas un hecho histórico: la tecnología y su aplicación en la industria - si es que la determinación de esta última puede separarse de aquella - han derivado a una situación sin igual a tiempos pasados. La producción intensificada en grandes fábricas que tejen una red de interconexiones de maquinarias, globales y locales, cuya división productiva permite una optimización radical en los tiempos de producción y los costos de los objetos fabricados, ha determinado toda una época que ha permitido un acceso innegable al consumo masivo. La división del trabajo surgida como una forma de organización de las relaciones sociales y productivas, como sostiene el sociólogo y filósofo francés Emile Durkheim (2013), se ha conformado como una fuente principal de cohesión social - e industrial, agregado - que ha devenido en una lógica no sólo económica, sino social e individual. Este mecanismo de cohesión que ha determinado a la sociedad moderna, ha posibilitado, en última instancia, la condición de un tipo de división específica en su efectivización: el taylorismo. Esta se desenvuelve como un método de organización de trabajo desarrollado por Frederick Taylor a fines del siglo XIX y principios del XX, cuya realización es una radicalización de la especialización expuesta por el sociólogo francés. El aumento de la productividad bajo las normativas de maximización de funciones, la especialización de trabajo y el control estricto del tiempo representan algunos de los parámetros determinantes de este método que posibilitó una efectividad sin igual: la industrialización de la sociedad moderna, aunque ya existente previo al taylorismo, muestra con mayor claridad su tendencia histórica bajo la exposición de esta fórmula de trabajo.

Sin embargo, ha de destacarse que en nuestra época hipermediada e interconectada las formas de gestión técnica-científicas de las fábricas tayloristas cuyo auge se dio en el siglo XX no se demuestran de la misma manera (Griziotti, 2017). Estas formas de “economías postindustriales” han dejado atrás varios mecanismos de control tan explícitos para dar lugar a una realidad industrial cuya composición dispersa y fragmentada – gracias a las especializaciones nacionales bajo producciones y explotaciones de recursos específicos, sumado a taller clandestinos y manos de obras baratas en “países periféricos” – se conecta y muta siguiendo los parámetros de la globalización: la sociedad industrial mantiene su rutina por obra y gracia de las tecnologías de comunicación y las grandes fábricas que permiten una gestión y una industria interconectada con unos valores, en gran medida, aún tayloristas.

Esta serie de tendencias, señaladas de manera escuetas en este último párrafo, no han pasado desapercibidas por filósofos, sociólogos, antropólogos y estudiosos de las ciencias sociales y humanas en general durante todo el siglo XX. Sin embargo, los filósofos pertenecientes y relacionados con la famosa Escuela de Frankfurt fundada en 1923, desde las primeras generaciones con Horkheimer y Adorno hasta las últimas con Habermas o Honneth, nos han permitido pensar una sociedad donde la industrialización y la tecnología trascienden a lo más hondo de la sociedad y la humanidad. Entre ellos, ya exponiendo a nuestra figura principal, se encuentra el filósofo alemán Herbert Marcuse.

Como tal, su pensamiento expone que el pilar material del capitalismo es la tecnología que funciona como un elemento central de poder que configura la sociedad. Herbert Marcuse la define como un "modo de producción, como la totalidad de los instrumentos, mecanismos y aparatos que caracterizan la edad de la máquina, (y) es así al mismo tiempo un modo de organizar y perpetuar (o cambiar) las relaciones sociales" (Marcuse, 1993, p. 53). Este sistema de aparatos tecnológicos fundado en torno a ciertos parámetros propios como lo son la eficiencia y la cuantificación, permite “organizar y perpetuar” las relaciones sociales, los pensamientos y comportamientos del ser humano bajo sus propias determinaciones (Marcuse, 1993, p. 54). En otras palabras, la tecnología no solo existe en el mundo, sino que también es una parte fundamental de cómo entendemos, construimos y reproducimos el mundo en el que vivimos. Entre las posibilidades técnicas que posee la tecnología en su formalidad material, se encuentra la capacidad de configurar la sociedad de un modo tal que se dé el dominio de pocos sobre muchos. En este sentido, aplica la síntesis de doble composición de la tecnología de Feenberg (2005):

La tecnología es un fenómeno con dos caras: por un lado el operador, por el otro el objeto. Allí donde el operador y el objeto son seres humanos, la acción técnica es un ejercicio de poder. Más aún: allí donde la sociedad está organizada en torno a la tecnología, el poder tecnológico es la principal forma de poder social, realizado a través de diseños que estrechan el rango de intereses y preocupaciones que pueden ser representados por el funcionamiento normal de la tecnología y las instituciones dependientes de ella (p. 111).

En la sociedad industrial avanzada, la relación entre el operador y el objeto se vuelve un ejercicio de poder que, potenciado por las capacidades tecnológicas de comunicación, información y control, permite eficientemente la dominación de monopolios políticos y económicos en manos de intereses particulares. La dominación que se ejerce con este poder tecnológico como una forma de control y cohesión social, tanto en ámbitos privados como públicos, tiene como matriz racional

## ¿Qué hay de “programada” en la obsolescencia programada? Una lectura de la obsolescencia programada desde *El Hombre Unidimensional* de Herbert Marcuse

---

la ideología tecnocrática basada en la eficiencia, el balance económico, la productividad y el crecimiento; es decir, una racionalidad tecnológica capitalista (Farjat, 2021, p. 18). Es por esto que cuando Marcuse habla de "racionalidad tecnológica" en el contexto de la sociedad industrial avanzada, se presupone la dominación como condición necesaria para la acción efectiva (Feenberg, 2023, p. 102).

Como vemos, el concepto de racionalidad condensa, desvela y señala ciertos elementos que componen la sociedad industrial avanzada y que son determinados por la tecno-ciencia que avanza bajo la efectividad y el crecimiento constante (Horkheimer, 2002; Taylor, 2014; Weber, 2008). Dada la densidad del concepto y la diversidad de sus formulaciones, nos es pertinente para esta ocasión retomar la realizada por Marcuse. Sin ir más lejos, el apartado sexto de *El Hombre Unidimensional* expone de manera concisa algunas de las características de la racionalización que define, en gran medida, a nuestra sociedad tecnológica e industrializada:

La sociedad se reproduce a sí misma en un creciente ordenamiento técnico de cosas y relaciones que incluyen la utilización técnica del hombre; en otras palabras, la lucha por la existencia y la explotación del hombre y la naturaleza llegan a ser incluso más científicas y racionales. El doble significado de «racionalización» es relevante en este contexto. La gestión científica y la división científica del trabajo aumentan ampliamente la productividad de la empresa económica, política y cultural. El resultado es un más alto nivel de vida. Al mismo tiempo, y sobre las mismas bases, esta empresa racional produce un modelo de mentalidad y conducta que justifica y absuelve incluso los aspectos más destructivos y opresivos de la empresa. La racionalidad técnica y científica y la manipulación están soldadas en nuevas formas de control social (Marcuse, 1993, p. 173).

Dada la conformación de una forma de vida social cuyo movimiento se despliega en esta “gestión científica y la división científica del trabajo”, aunque las consecuencias sean materialmente agradables y positivas - es decir, que otorgan un "alto nivel de vida" - las consecuencias destructivas y dominantes de la psiquis social, individual y de la propia naturaleza se conciben como intrascendentes o "necesarias" para la persistencia de la civilización. La irracionalidad de la racionalidad se torna explícita en el impulso destructivo de la propia realidad tecnológica, el cual se sublima bajo las consignas del progreso y la civilización, del orden, la gratificación y el esfuerzo que nos permite la productividad de la división del trabajo social y la industria científico-técnica desarrollada por el ingenio humano. La consecuencia es, en definitiva, el cierre de universos posibles y de otras alternativas bajo este, el mejor y más racional de los modos de vida posibles.

### 4. La racionalización de la obsolescencia programada

En el contexto de un sistema industrial-capitalista moderno, la tecnología ejerce un rol clave en su legitimación y reproducción; basta con mirar a nuestro alrededor aquellos productos que son de uso y disfrute en nuestra cotidianidad y que, sin la existencia de un sistema tecnocientífico que permita desarrollar de manera masiva estos productos, no estarían presentes. En este sentido, la vigencia de nuestro presente tecnológico-capitalista, heredero de una industrialización avanzada que se intensificó en el siglo XX, no puede ser entendida sino reconocemos a la base material tecnológica-industrial como central en la reproducción y organización económica-social. Esto implica concebir la persistencia de un poder tecnológico que responde a ciertos imperativos del

aparato mismo para sostenerse, y que se expresa en la propia materialidad de sus máquinas y sus productos: existen necesidades del sistema para su continuidad técnica, pero también existen otras exigencias que surgen por la propia determinación de intereses específicos. El efecto de este hecho, en la relación sujeto-sociedad-máquina, es el de una dominación signada por una lógica cuyos fines son puestos para la perpetuación de la reproducción industrial; es decir, aquellos intereses que sean acordes a la perpetuación del ciclo producción-consumo. Como resultado, nuestras necesidades y comportamientos se ven condicionados de antemano; la demanda de producción masiva y la eficiencia estandarizada en el trabajo han moldeado sociedades industriales - y sus consumidores globales a merced del bajo costo de la producción - hacia modos de vida alineados con esta racionalidad particular.

Este panorama expone un poder tecnológico que ha crecido – y crece - de manera exponencial y permite nuevas formas de dominación no vistas en la historia humana por su efectivo alcance: tanto la ciencia moderna como la tecnología se encuentran, por su potencial técnico e intelectual, inevitablemente enlazados con la dominación social (Feenberg, 2012, p. 94).

Por lo tanto, la productividad de la industria tecnológica bajo la racionalización no se queda en una dimensión teórica o inconsecuente con nuestra realidad cotidiana, sino que expresa su afirmación real en fenómenos técnicos específicos: la contaminación ambiental "necesaria", la transmutación genética agropecuaria "requerida" por la escasez alimenticia, el desecho de productos residuales para investigación de "mejores" aparatos para nuestro confort y, el que nos interesa para nuestro trabajo, la terminación intencional de los productos manufacturados por la industria como un "hecho indefectible": la obsolescencia programada.

De manera explícita, Marcuse habla en tres momentos de la obsolescencia programada - *planned obsolescence* en inglés - en *El Hombre Unidimensional*.

En un primer momento, Marcuse la nombra en el contexto de su argumentación sobre la unificación de opuestos en el ámbito político; esto es, la determinación del sistema político como totalidad, cuyas propuestas que históricamente podrían haber encontrado en algún momento una verdadera confrontación, hoy se determinan de manera falaz y aparente frente a una base común, la racionalidad tecnológica industrial (Marcuse, 1993, p. 68). Ante esto, en su comparación confrontativa entre las dinámicas político-económicas del Estado de Bienestar de los años 60's y la Unión Soviética de la misma época, es que Marcuse afirma sobre esta última lo siguiente:

El retraso histórico (de la Unión Soviética) no sólo permite, sino obliga a la industrialización soviética a proceder sin despilfarro y *obsolescencia planificadas*, sin las restricciones sobre la productividad impuestas por los intereses del beneficio privado, y con satisfacción planificada de las necesidades vitales todavía no alcanzadas después, y quizá incluso simultáneamente, de las prioridades de las necesidades militares y políticas (Marcuse, 1993, p. 70).

Este "retraso histórico" refiere a (1) un estado más bajo de la industrialización en todos los ámbitos económicos y (2) una diferencia respecto a la composición de sus instituciones económicas y políticas; en sus propios términos, es una "inmadurez intelectual y material" en relación a la racionalización de industrias avanzadas. Ambos aspectos implican una distinción sustancial en la forma en que se determina la relación entre tecnología, economía e industria: mientras que en el

## ¿Qué hay de “programada” en la obsolescencia programada? Una lectura de la obsolescencia programada desde *El Hombre Unidimensional* de Herbert Marcuse

---

contexto del Estado de Bienestar la obsolescencia programada es ejercida, en el otro no. De aquí se pueden deducir dos características que Marcuse está aplicándole a la obsolescencia programada. Por un lado, el hecho de que el fenómeno es uno propio de la industrialización y su condición de existencia en la historia depende de la aplicación tecnológica en la sociedad y la industria. Pero aunque esto se desarrolló de manera indefectible en la Unión Soviética, no implicó ciertos fenómenos como lo es la obsolescencia programada que sí fue aplicada en otras sociedades industriales. Entonces, aunque podemos afirmar la necesidad de la racionalidad industrial para la existencia de este fenómeno, no se podría decir tan fácilmente lo inverso, es decir, la necesidad de la obsolescencia programada en una sociedad industrial avanzada bajo la racionalidad científico-técnica. En consecuencia, el avance tecnológico y la industrialización establecida en una sociedad no implican de manera determinante la existencia necesaria de la obsolescencia programada; y esto permite reconocer la posibilidad de prácticas alternativas de producción y consumo que no deriven en el “usar y tirar” como práctica normalizada - como es la posibilidad de reparación de dispositivos técnicos o el intercambio de partes defectuosas.

Sin embargo, el segundo aspecto que permite profundizar en este asunto es el hecho de que Marcuse compagine “despilfarro” y “obsolescencia planificada” como condiciones a ser evitadas para mantener en pie la industrialización soviética bajo su propia ideología política. Esto nos lleva a pensar que la concepción de racionalidad destructiva – la irracionalidad - no se aplica de manera idéntica en toda sociedad industrial avanzada. En el caso de la obsolescencia programada, aunque en términos materiales implique un desecho del producto final dada su inutilización luego de un periodo de tiempo determinado, en términos de la lógica económica capitalista como sistema que ha de subsistir se vuelve una condición necesaria y beneficiosa la “irracionalidad” que posibilita el progreso y la ganancia económica, y no implica como tal un “desecho”: mientras en un contexto histórico “despilfarro” y “obsolescencia planificada” se encontraban en cierto punto bajo una misma idea de pérdida o de desecho, en el contexto del Estado de Bienestar, cuyas racionalidad tecnológica-industrial tiene vestigios hasta nuestros días, la obsolescencia programada ya no está ligada al despilfarro en la lógica económica capitalista, sino que es una práctica racional y beneficiosa.

En el mismo capítulo, nos encontramos la segunda mención de la obsolescencia programada en todo el libro, y esta nos permite confirmar de manera más explícita nuestra exposición anterior. Marcuse afirma que “la publicidad, las relaciones públicas, el adoctrinamiento, la *obsolescencia planificada*, ya no son gastos generales improductivos, sino más bien elementos de los costes básicos de la producción. Para ser efectiva, tal producción de despilfarro socialmente necesario requiere una continua racionalización: la incansable utilización de la técnica y de la ciencia avanzada” (Marcuse, 1993, p. 80). Todos estos fenómenos que se derivan de la lógica capitalista económica se transforman en la sociedad industrial en elementos necesarios para la continuidad de la producción, donde se puede establecer de manera aparente una “victoria bilateral” entre la sociedad consumista y la industria: mientras la productividad se sostiene y aumenta de manera exponencial, el consumo se expande y permite un acceso más fácil y barato en los productos realizados, una “mejora en la calidad de vida”. Lo que, en un principio, bajo una perspectiva alternativa a la racionalización del proceso productivo, sería señalado como una aberración o hasta un peligro - como señalan perspectivas ecológicas - se establece como algo racional y se neutraliza

en la propia sociedad: "es algo que debe darse para que la economía y la industria subsista y progrese", se exclamaría al normalizarse la obsolescencia programada (Latouche, 2018, p. 68).

Bajo esta lógica, la efectividad y comodidad de la racionalidad impide un cambio cualitativo real. Una liberación de la heteronomía implica abandonar la dominación productiva y racionalidad donde lo más atractivo y lo más excitante, lo que produce "felicidad", se encuentra al alcance de la mano y sin un gasto económico considerable por parte del consumidor: la continua racionalización profundizada y permitida por el mismo progreso tecnológico produce un aumento en el "nivel de vida" como un subproducto inevitable, y cuyo establecimiento da lugar a una perpetuación de la sociedad industrial avanzada. En palabras del propio Marcuse, esto deriva en "una sociedad que se auto expande y auto perpetúa en su propia dirección preestablecida; guiada por las crecientes necesidades que genera y, al mismo tiempo, contiene." (1993, p. 64). Y es bajo todo este sistema que, en los últimos apartados del libro, vuelve a introducir el concepto de "obsolescencia programada":

En la era contemporánea, la conquista de la escasez está confinada todavía a pequeñas áreas de la sociedad industrial avanzada. Su prosperidad cubre el infierno dentro y fuera de sus fronteras; da asimismo lugar a una productividad represiva y a «falsas necesidades». Es represiva precisamente en la medida en que promueve la satisfacción de necesidades que requieren continuar la carrera de ratas para ponerse a la altura de los iguales y con *obsolescencia planificada* gozar de la libertad de no tener que usar el cerebro, trabajando con y para los medios de destrucción. Las obvias comodidades que genera este tipo de productividad, y lo que es más, el apoyo que otorga a un sistema de dominación lucrativa, facilita su importación a áreas menos avanzadas del mundo, donde la introducción de tal sistema todavía implica un tremendo progreso en términos técnicos y humanos (1993, p. 270).

La producción represiva que ejerce la sociedad industrial convierte a ciertos hechos que se verían contraproducentes en otras lógicas - como lo es la obsolescencia programada - en hechos que se vuelven inevitables a ser cumplidos para "ponerse a la altura de los iguales". En otras palabras, se establece la ley de no impedir mayores ganancias aunque esto implique trabajar "con y para los medios de destrucción". El ciclo de producción y consumo se autodetermina en tanto su preservación y crecimiento conforman una cadena productiva interconectada donde la industria que produce una necesidad - ligada principalmente a la publicidad - implica a la industria que la satisface en un círculo "inagotable" bajo la lógica racionalista. Esta producción y satisfacción de necesidades, estrechamente ligadas en su creación, son totalizadas bajo una misma lógica cuya perpetuación es inminente a primera vista y se determinaría en lo que Marcuse llama, una "dominación totalitaria" (1993, p. 85).

Dicho proceso cíclico, a su vez, es impensable fuera de los parámetros de la tecnología como tendencia que materializa esa "dominación totalitaria". Recordemos que Marcuse define a la tecnología como una totalidad de instrumentos, mecanismos y aparatos que imponen "un modo de organizar y perpetuar (o cambiar) las relaciones sociales" (1993, p. 53). El sistema de aparatos tecnológicos fundado en torno a ciertos parámetros propios como lo son la eficiencia y la cuantificación, permite "organizar y perpetuar" las relaciones sociales, los pensamientos y comportamientos del ser humano bajo sus propias determinaciones (Marcuse, 1993, p. 54). Como dijimos antes, la tecnología constituye en gran medida el cómo entendemos, construimos y

## ¿Qué hay de “programada” en la obsolescencia programada? Una lectura de la obsolescencia programada desde *El Hombre Unidimensional* de Herbert Marcuse

---

reproducimos el mundo en el que vivimos. La materialidad de la que habla Marcuse como base de la sociedad unidimensional, es decir, el sistema de instrumentos y relaciones entre máquinas que componen una industria en el proceso productivo, donde la racionalidad científico-técnica se encierra, es un fenómeno concreto que se expresa en la materialidad de lo producido, como lo es la obsolescencia programada de un producto manufacturado en masa (1993, pp. 53; 58): la ideología racionalista se encuentra en el propio proceso de producción tecnológico y se encarna en los productos de consumo. De esta racionalización material en la industrialización Marcuse deduce problemas como la pauperización, la alienación, la pérdida de alternativas reales políticas y económicas o la propia incapacidad imaginativa para la solución de problemas menos reales bajo los lentes de la racionalidad, como lo son problemáticas ambientales concretas que se determinan como intrascendentes en la óptica productiva, en la realidad económica; entre ellos, la obsolescencia programada se hace presente.

Por esto, se desvela al fenómeno de la obsolescencia programada no como un hecho arbitrario e intencional en términos empresariales-administrativos a la hora de producir, sino como un *factum* que se consolida en la sociedad industrial avanzada como ley interna del proceso productivo. Y esto no es menor si volvemos a recordar que el constante avance de la globalización tecnológica implicaría, por el sentido mismo de la expansión, una intensificación del fenómeno de la obsolescencia programada derivada de la lógica imperativa de la tecnología y la industrialización racionalista: el avance de la racionalidad occidental se da tanto en un sentido ideológico como también tecnológico-científico (Hui, 2020, pp. 65-69). Bajo esta tendencia es que podemos entender que "el «Progreso» no es un término neutral; (sino que) se mueve hacia fines específicos" (Marcuse, 1993, p. 46) ceñidos por los parámetros del sistema de aparatos que compone el mundo - entre los que se encuentra la obsolescencia programada - y los intereses dominantes.

La sociedad industrial-tecnológica que habitamos profundiza determinadas lógicas en la producción y distribución como “un sistema que determina a priori el producto del aparato, tanto como las operaciones realizadas para servirlo y extenderlo” (Marcuse, 1993, p. 25). Esa determinación previa es la necesidad del sistema de aparatos de imponer una fecha de caducidad bajo la posibilidad de perpetuar la producción y el consumo; es decir, es la propia necesidad productiva y de consumo la que impone la caducidad del producto. Como observamos en un inicio, se ha sostenido en términos generales a la obsolescencia programada como una intencionalidad meditada entre, por ejemplo, empresas oligopólicas que coordinan sus acciones para sostener la caducidad de los productos para un mayor beneficio y aumentar las ganancias (Bulow, 1986, p. 747). Sin embargo, su determinación real expone una intencionalidad que trasciende la decisión de un sujeto concreto partícipe de estrategias empresariales, y se desvela como una imposición de la racionalidad tecnológica-industrial que exige bajo leyes de oferta y demanda una caducidad del producto.

Por lo tanto, podemos reconocer que la obsolescencia programada, lejos de ser una mera estrategia empresarial deliberada, representa un elemento estructural e inevitable dentro de la sociedad industrial avanzada. Según Marcuse, este fenómeno responde a una lógica de producción y consumo cíclica, que se auto-perpetúa mediante la racionalidad científico-técnica y el sistema de aparatos tecnológicos. En el contexto capitalista, la obsolescencia programada es reinterpretada como una "racionalidad beneficiosa", aunque esta implique, en el fondo, irracionalmente,

despilfarro y pérdida de recursos; su propósito es sostener el ciclo productivo mediante la generación de necesidades artificiales que promueven el consumo constante. De este modo, la tecnología no solo facilita la producción, sino que también impone una estructura ideológica que limita las alternativas y, al mismo tiempo, legitima prácticas de consumo como el "usar y tirar" en aras de una supuesta mejora en la calidad de vida. Asunto que, como veremos, se refleja en la habituación de la obsolescencia programada.

## 5. Un paso más allá de lo obsoleto: la obsolescencia como hábito

En un sentido concreto, los aparatos tecnológicos que impregnan la industria poseen la capacidad más efectiva para concretizar los intereses de poder en el proceso de producción y los propios productos fabricados. El diseño y la planificación de un producto es funcional al poder dada la flexibilidad de su dimensión material y la razón técnica que se dirige bajo estas intenciones (Winner, 2008). No es arbitraria o, al menos, no es neutral la forma en que ciertos tipos de tecnologías de producción - sistemas de máquinas interconectadas en una línea productiva - o productos tecnológicos - impresoras, celulares, máquinas de higiene, etcétera - se instauran en las sociedades industriales y en las consumidoras de dichos productos, implicando prescripciones concretas para el individuo y la sociedad. En esta línea, me parece acertada la afirmación de Winner al hablar de las exigencias que manifiestan ciertos aparatos o sistemas tecnológicos cuyas propiedades exigen determinadas aptitudes del ser humano y la erradicación de otras:

En muchos casos, decir que algunas tecnologías son inherentemente políticas es decir que determinadas razones de necesidad práctica, aceptadas de manera general (especialmente la necesidad de mantener sistemas tecnológicos cruciales como entidades que funcionen sin sobresaltos) han tendido a eclipsar otros tipos de razonamientos y justificaciones morales (Winner, 2008, p. 7).

En lo que respecta a los fenómenos de la producción, las justificaciones morales y la racionalidad científico-técnica en el contexto de la sociedad industrial avanzada son un prerrequisito para poder validar la forma en que proceden: la obsolescencia programada, pese a los daños materiales, ecológicos, humanos y sociales que puede provocar (Martínez y Porcelli, 2017), sigue presente como un hecho aceptado en la producción industrial dado que, como señalamos anteriormente, "ya no son gastos generales improductivos, sino más bien elementos de los costes básicos de la producción" (Marcuse, 1993, p. 80).

Como derivación de estas exigencias de los sistemas tecnológicos, aplicados en la industria y en los productos que consumimos, Marcuse da un paso más al afirmar que "el aparato productivo, y los bienes y servicios que produce, «venden» o imponen el sistema social como un todo", y también que estos "llevan consigo hábitos y actitudes prescritas, ciertas reacciones emocionales e intelectuales que vinculan de forma más o menos agradable los consumidores a los productores y, a través de éstos, a la totalidad" (Marcuse, 1993, p. 42). Tanto los medios de producción como sus productos derivados imprimen una ideología que se impregna en su propia materialidad, promoviendo y condicionando ciertas actitudes, conductas, emociones y sensibilidades frente a determinados objetos. La unidimensionalidad diagnosticada por Marcuse tiene como uno de los factores determinantes de su existencia la relación del sujeto con sus productos de consumo, y de

## ¿Qué hay de “programada” en la obsolescencia programada? Una lectura de la obsolescencia programada desde *El Hombre Unidimensional* de Herbert Marcuse

los deberes y exigencias que estos imprimen en la sociedad - de manera intencional o ciega respecto a los diseñadores y fabricantes del producto: el modo de vida se re-significa y se ha re-significado a partir del consumo como elemento indispensable para la continuidad económica, política y social de nuestros tiempos. En el contexto de la sociedad industrial avanzada, las relaciones sociales y económicas se encuentran atravesadas por los mecanismos de interrelación que surgen de la mercancía y nuestra relación con ella: "la gente se reconoce en sus mercancías; encuentra su alma en su automóvil, en su aparato de alta fidelidad, su casa, su equipo de cocina. El mecanismo que une el individuo a su sociedad ha cambiado, y el control social se ha incrustado en las nuevas necesidades que ha producido" (Marcuse, 1993, p. 39). La producción de necesidades y sus satisfacciones, así como los fenómenos que se determinan y manifiestan en los productos efectivizados, permean las relaciones tanto sociales como con uno mismo.

Esta lógica de producción industrial no sólo se determina a sí misma para consolidar una efectividad pertinente en su proceso productivo, sino que también determina ciertas formas de comportamiento en los individuos y la sociedad. En línea con el aspecto ético-político que ha sido expresado con las afirmaciones de Winner, debemos también retomar la idea que nos presenta Marcuse como “materialización de los valores”. Esta afirma que:

(...) el logro histórico de la ciencia y la técnica ha hecho posible la conversión de los valores en tareas técnicas: la materialización de los valores. Por consiguiente, lo que está en juego es la redefinición de los valores en términos técnicos, como elementos del proceso tecnológico (Marcuse, 1993, p. 260).

A qué valores nos exponen los productos tecnológicos que nos rodean, los productos que consumimos y utilizamos en nuestra cotidianidad, se vuelve una pregunta fundamental que debe ser formulada. Tenemos que acercarnos críticamente al código técnico de los artefactos y productos para descifrarlo e ir más allá de lo evidente en su composición material utilitaria, trascender el uso como fin para reconocer el uso que hacen los objetos en nosotros (Cupani, 2018).

En el contexto de análisis de la sociedad industrial avanzada en *El Hombre Unidimensional*, el producto prescribe ciertos hábitos y actitudes, reacciones emocionales e intelectuales, que vinculan al productor con el producto. La obsolescencia programada ejemplifica este hecho al establecer un ciclo de uso y descarte en el que se instaura una cultura del consumo perpetuo y del descarte, fomentando una conformidad social acorde a las demandas de producción del sistema industrial avanzado (Noro, 2021, p. 20; Slade, 2007, p. 13). Este proceso crea una relación simbiótica entre productor, producto y consumidor, donde prácticas como la obsolescencia programada, integradas en la materialidad de los bienes, refuerzan el consumo constante y el descarte sistemático: un celular, un automóvil o una impresora, diseñados con esta lógica, contribuyen a normalizar y perpetuar esta dinámica. Así, la conformación de ciertos hábitos y formas de conducta en relación al consumo se establece de manera tal que la relación entre el sujeto y el producto se coordina bajo las necesidades que (1) el propio producto impone y (2) la propia industria crea, publicidad mediante, para incentivar y determinar el consumo. La obsolescencia programada en su particularidad dentro de esta lógica industrial-tecnológica racionalista introduce en el comportamiento, en la práctica y la sensibilidad, cierta forma de “funcionar” bajo parámetros que

permitan la supervivencia o, mejor dicho, el crecimiento acelerado y la expansión del sistema-aparato como un sistema que es, por excelencia y por defecto, efectivo en su producción.

## 6. Conclusión(es)

La obsolescencia programada, como fenómeno socio-técnico que va más allá de la intencionalidad empresarial de planificar la obsolescencia de un producto, plantea preguntas fundamentales sobre la lógica de producción y consumo en la sociedad industrial avanzada. A partir de los aportes de Herbert Marcuse, no podemos aceptar como inevitable la idea de que los objetos sean intrínsecamente perecederos y deban ser cambiados, obviando las consecuencias que esto conlleva. Tampoco debemos justificar una necesidad económica y material para evitar la fabricación de productos más duraderos o, en última instancia, casi indestructibles, bajo el pretexto de la producción: si nos encontramos en una posición destacable en nuestra sociedad industrializada es, justamente, la conquista de la escasez respecto a la potencialidad tecnológica existente (Marcuse, 1983). El error histórico radica en aceptar sin cuestionar la dificultad de reorganizar nuestras formas de producción y consumo. La alternativa debe pensarse desde una trascendencia material de nuestra condición tecnológica-industrial, que permita reconocer la irracionalidad de la obsolescencia que acontece como programada bajo los mandatos de la lógica de esta racionalidad: programar un objeto para su desecho muestra una expresión radical de esta irracionalidad productiva desde el punto de vista ecológico y económico. El *statu quo* del uso y desecho amerita - y exige para nuestro futuro - un análisis crítico.

Desde que Herbert Marcuse analizó en *El Hombre Unidimensional* (1964) las implicancias ideológicas y materiales de una producción industrial orientada a planificar la caducidad de sus productos, la economía global ha experimentado cambios drásticos. De este modo, el análisis realizado en este artículo de la obsolescencia programada en el contexto de la sociedad industrial avanzada permitiría pensar, en trabajos ulteriores, las diferencias y similitudes del rol de la obsolescencia programada en el capitalismo contemporáneo mediado por el uso de tecnologías digitales en la producción y el consumo. Hoy, en una coyuntura histórica marcada por la crisis ambiental, la revisión crítica de este fenómeno y su función en el capitalismo resulta más pertinente que nunca. Para esto, el presente trabajo ha permitido esclarecer los argumentos de Marcuse sobre el control y la racionalización en la sociedad industrial avanzada a partir de la obsolescencia programada, sentando las bases para una recontextualización de su análisis en estudios futuros del capitalismo actual.

Por otro lado, el reconocimiento de la crítica marcusiana al sistema industrial, que expone la irracionalidad de una lógica productiva que programa el desecho como parte del ciclo de producción, muestra una contradicción profunda entre los supuestos del progreso y las consecuencias destructivas de este modelo: la planificación del desecho en productos de consumo normaliza un ciclo de uso y descarte que perpetúa el consumo masivo y se presenta como una necesidad inevitable en el contexto capitalista. La obsolescencia programada se expresa como una de las manifestaciones más claras de este modelo productivo, y establece un ritmo de consumo basado en la rápida caducidad de los productos, vinculando al consumidor con los valores del sistema productivo de manera recurrente y, en última instancia, ineludible. A medida que la globalización y el avance tecnológico intensifican esta lógica, el aparato industrial consolida su

## ¿Qué hay de “programada” en la obsolescencia programada? Una lectura de la obsolescencia programada desde *El Hombre Unidimensional* de Herbert Marcuse

---

capacidad para organizar y perpetuar relaciones sociales que priorizan el crecimiento económico y el consumo por encima de alternativas sustentables o duraderas. Así, este análisis invita a cuestionar el aparente progreso asociado al consumo y a la racionalidad tecnológica, y plantea la posibilidad de pensar prácticas alternativas que promuevan una relación diferente con la tecnología y los productos de consumo en una industrialización intensificada. Tal cambio, como señala Marcuse, requeriría un replanteamiento profundo de la necesidad y un alejamiento de la lógica de crecimiento perpetuo, abriendo el camino hacia una sociedad menos dominada por la ideología del consumo y más consciente de su impacto ecológico y humano.

En "La Catástrofe de la Liberación", capítulo 9 de *El Hombre Unidimensional*, Marcuse empieza los primeros párrafos diciendo que, dada la irracionalidad constituida en las sociedades industriales modernas, la negatividad de la crítica trascendental, histórica y materialista, requiere que los elementos negativos que promuevan una alternativa de lo establecido no se "homologuen" o constituyan con la irracionalidad vigente; en otras palabras, que la síntesis histórica no derive en una aparente solución, sino que la trascendencia debe ser real, material y racional. Y es por esta razón que podemos afirmar que "los aspectos negativos (exceso de producción, desempleo, inseguridad, despilfarro, represión) no están comprendidos en tanto que aparezcan meramente como subproductos más o menos inevitables, como «el otro lado» de la historia del crecimiento y el progreso" (1993, p. 253). La obsolescencia programada como "aspecto negativo" de la producción, irracional en su fundamento conceptual - salvo para la lógica racionalista expresada en este trabajo -, no deben ni pueden aceptarse como "subproductos más o menos inevitables", como el lado B del progreso tecnológico y científico, sino que debe revelar su contradicción interna bajo el análisis de esta crítica trascendental: tolerar la irracionalidad de este progreso racional es frustrar un verdadero cambio cualitativo y solidificar el estado de cosas actuales, que ha conllevado - y conlleva - todos los problemas ecológicos y humanos que se evidencian (Marcuse, 1993, p. 253).

En ese mismo capítulo, al final, Marcuse expresa la necesidad de redefinir la necesidad para posibilitar un cambio cualitativo, lo cual presupone un cambio cuantitativo – una reducción del superdesarrollo, en sus palabras – para que se concrete (1993, p. 270). Ante esto, expone un ejemplo - ahora un poco anticuado y casi inimaginable - de suprimir todo tipo de anuncios y medios de información. Esto permitiría un nuevo encuentro con varias facetas de la vida, con uno mismo y la sociedad. Dado que se concibe la publicidad y los medios de información como necesidades sociales que se nos brindan de manera casi inevitable en la actualidad, su supresión mostraría otra realidad no expresada por la represión que estos hechos producían. En las propias palabras de Marcuse, "la creación de necesidades represivas ha llegado a ser desde hace tiempo parte del trabajo socialmente necesario; necesario en el sentido de que sin él el modo de producción establecido no se sostendría" (1993, p. 274-275). Trastocando un poco esta idea, la obsolescencia programada se nos presenta como un fenómeno que emerge como necesario en la lógica productiva para su continuo funcionamiento, pero su crítica puede permitirnos reconocer una dominación ideológica cuyo sustento son bases plenamente materiales y tecnológicas, y cuyo emerger deviene por la racionalidad tecnológica que se concretiza en la industria. Ese sentimiento de ser necesario en el sentido de que “sin él el modo de producción establecido no se sostendría” es, justamente, la necesidad que surge de la racionalidad tecnológica-capitalista que encaja a la obsolescencia

programada, cual engranaje en una gran máquina industrial, como una consecuencia necesaria; como un subproducto del consumo, un subproducto del progreso.

## Referencias

Bulow, J. (1986). An Economic Theory of Planned Obsolescence. *The Quarterly Journal of Economics*, 101(4), 729-750. <https://doi.org/10.2307/1884176>

Cupani, A. O. (2018). Sobre la dificultad de entender filosóficamente la tecnología. *ArtefaCToS. Revista de Estudios Sobre la Ciencia y la Tecnología*, 7(2), 127. <https://doi.org/10.14201/art201872127144>

Durkheim, E. (2013). *La división del trabajo social*. Minerva.

Feenberg, A. (2005). Teoría crítica de la tecnología. *Revista Iberoamericana de Ciencia, Tecnología y Sociedad - CTS*, 2(5), 109–123.

Farjat, M. J. G. (2021). Reflexiones acerca del papel de la tecnología en el pensamiento marcusiano en el marco de la sociedad industrial avanzada. *Revista Tecnología e Sociedade*, 17(47). <https://doi.org/10.3895/rts.v17n47.11064>

Fisher, M. (2018). *Realismo capitalista. ¿No hay alternativa?*. Caja Negra.

Griziotti, G. (2017). *Neurocapitalismo: Mediaciones tecnológicas y líneas de fuga*. (1ª ed.). Melusina.

Horkheimer, M. (2002). *Crítica de la razón instrumental*. Trotta.

Hui, Y. (2020). *Fragmentar el futuro: Ensayos sobre tecnodiversidad*. Caja Negra.

Kant, I. (1996). *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*. Ariel.

Latouche, S. (2018). *Hecho para tirar: La irracionalidad de la obsolescencia programada*. (1ª ed.). Octaedro.

London, B. (1932). Ending the Depression Through Planned Obsolescence. [https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/2/27/London\\_%281932%29\\_Ending\\_the\\_depression\\_through\\_planned\\_obsolescence.pdf](https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/2/27/London_%281932%29_Ending_the_depression_through_planned_obsolescence.pdf)

Marcuse, H. (1969). *La sociedad industrial y el marxismo*. Quintaria.

Marcuse, H. (1983). *Eros y civilización*. Sarpe.

Marcuse, H. (1993). El hombre unidimensional: Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada. Planeta-Agostini.

Martínez, A. N. y Porcelli, A. M. (2017). Consumo (in)sostenible: Nuevos desafíos frente a la obsolescencia programada como compromiso con el ambiente y la sustentabilidad. *Ambiente y Sostenibilidad*, 6(2016), 105–135. <https://doi.org/10.25100/ays.v0i0.4294>

¿Qué hay de “programada” en la obsolescencia programada? Una lectura de la obsolescencia programada desde *El Hombre Unidimensional* de Herbert Marcuse

---

Noro, J. E. (2021). De la obsolescencia programada a la contingencia ontológica. *Cuenca - Coloquio*, 21(66), 11–27.

Taylor, C. (2014). *Hegel y la sociedad moderna*. (1ª ed.). Fondo de Cultura Económica.

Weber, M. (2008). *El sabio y la política*. Universidad Nacional de Córdoba-Encuentro.